

**TROPAS REALISTAS RETROCEDEN
ANTE LA LLEGADA DE MORELOS A TECPAN**

JUAN ANTONIO FUENTES AL VIRREY VENEGAS

ACAPULCO, NOVIEMBRE 11 DE 1810⁷

Excelentísimo señor:

En mis anteriores consultas manifesté a vuestra excelencia las disposiciones que en consorcio del caballero subdelegado de la jurisdicción de Zacatula había tomado, poniendo sobre las armas y acuartelada la compañía del pueblo de Tecpan con el objeto de arrostrar y escarmentar a la partida del insurgente que se esperaba por el rumbo de Acapulco. Ésta no llegó, pero por el opuesto y entrada del rumbo de Valladolid se introdujeron más de cuatrocientos hombres armados al mando del cura de Carácuaro (cuyo nombre se ignora).

No puedo menos de creer de que estos vándalos hiciesen su entrada con anuencia de los pueblos de aquella jurisdicción, a pesar de las estrechas órdenes, que tanto el subdelegado como yo teníamos distribuidas a los respectivos súbditos. Debieron precisamente entrar por el pueblo de Coaguayutla; de ésta pasar a Zacatula, donde hay una compañía de españoles; de ésta pasar al pueblo de Petatlán don hay otra de pardos, y en una y otra se han apoderado del armamento y municiones, creyendo firmemente no haberles hecho la más leve resistencia.

En Petatlán se sabe que el párroco de aquel pueblo bachiller don Miguel Gómez, que no sólo salió a recibir a los insurgentes, sino que personalmente custodiado de tropas y paisanaje aprehendió al justicia por ser europeo;

⁷ AGN, *Historia*, Secretaría de Cámara, Gobierno Provincial, caja 2, exp. 14, Herrejón Peredo, *Morelos III*, 1987, doc. 1, pp. 91-95.

de este pueblo pasaron a la hacienda de San Luis, distante del pueblo y cabecera de Tecpan, diez leguas, sin que hubiésemos adquirido la más leve noticia de este caso.

El día cuatro del corriente como a las nueve de la mañana tuve la noticia por medio del subdelegado de que los insurgentes en número crecido habían entrado en la hacienda de San Luis, sin que por aquel vecindario se les hubiese hecho resistencia alguna, y que en la noche o madrugada de aquel día hacían la entrada en Tecpan, según la declaración que se le había tomado a un paisano que se hallaba preso y se había separado de los insurgentes. Esto dio motivo a que en unión del caballero subdelegado se tomasen las providencias más activas a la reunión del paisanaje que se hallaba ya de antemano en número considerable. A las nueve de aquella noche mandé se tocase la generala, para que reunidos en el cuartel como ya se les tenía prevenido proveer de municiones a los que tuviesen armas de fuego. Se concluyó el toque, y aunque se juntó alguna gente, la mayor parte fue sin armas, habiendo surtido a veinte y ocho o veinte y nueve individuos de las expresadas municiones para escopetas, y otro igual número de a caballo para pistolas. En este estado que sería las diez poco más o menos, dispuse mi salida del pueblo al paraje que me pareció oportuno con la compañía de pardos y paisanaje, y me aposté para aguardar a los enemigos, que por ser tan ventajoso, me prometí derrotarlos a pesar de la poca gente que llevaba. Inmediatamente dispuse saliesen dos partidos de a caballo de la gente decente a distancia de dos leguas al cruce de los dos caminos que hay en la hacienda de San Luis para Tecpan, a efecto de que éstas estuviesen en observación de cuál de los dos caminos cogían los insurgentes y me diese aviso, para con él mandar si fuese preciso el campo a otro paraje. De nada me sirvió esta determinación, porque ambas patrullas se desaparecieron, y sólo un individuo de ellas vino a darme aviso como a la una de la mañana. A esta hora ya del apostadero habían profugado más de la

mitad del paisanaje, y a las dos y media o tres ya me vi solo con la compañía de pardos; a éstos los persuadí e infundí con razones lo más elocuente que pude la situación en que nos veíamos animándolos a la defensa de la religión, rey y patria ¡Oh, con qué gusto oí las expresiones de estos infelices negros; llenaron de alegría mi corazón, al oír la voz general de todos: “Aquí hemos de morir aliado de nuestro comandante, pues si los blancos no saben defenderse, nosotros escarmentaremos a estos malvados”.

A la verdad señor excelentísimo, que para mí fue el mayor sentimiento que en esta madrugada no hubiesen hecho la entrada los enemigos, como se esperaba, en la ciega confianza de que ya estaba resignado con aquellos buenos negros patriotas a sacrificarme o escarmentar a aquellos malvados. En esta hora hasta que vino el día tuve dos avisos del pueblo por un paisano americano muy fiel a la patria, instándome a que dejase aquel sitio y me pusiese en salvo, porque en el pueblo estaba conjurado el paisanaje, seducido por el cura don Nicolás Ochoa Garibay, el fiel de tabacos don Ignacio Ayala y don Víctor de los Ríos para acabarme. No fueron bastantes estos avisos para infundir el más leve temor en mi espíritu, por hallarse ya dispuesto a sacrificarse o vencer a los insurgentes. Me mantuve inflexible hasta que amaneció, y explorado el campo, no advertí el más leve temor, por lo que dispuse retirarme con la compañía para el cuartel. A las nueve de la mañana mandé tocar generala para incitar a los vecinos la asistencia al cuartel; pero habiendo concluido aquel toque, no se presentó ni siquiera un hombre. Esto me estimuló a volver a motivar y explorar el ánimo de aquellos fieles negros, los que se mantuvieron constantes en que a mi lado habían de seguir, en cuya virtud resolví nuevamente a no retirarme del pueblo hasta tanto que no llegasen los enemigos. A poco rato de esta resolución se me apareció en el cuartel un vecino honrado de buena nota y religión y hasta hincado de rodillas me suplicó por el santísimo sacramento, que me pusiese en

salvo, porque no sólo iba a combatir con los insurgentes sino contra la conjuración que el cura Garibay y sus secuaces tenían preparada con el objeto de matarme. A la verdad, excelentísimo señor, que por libertar mi vida no hubiera resuelto mi retirada, pero las infelices de aquéllos que con tanto ardor y fidelidad las ofrecían, me obligó a hacerlo, porque no las perdiesen de sus mismos vecinos. En efecto, dispuse mi retirada como a las diez, y para el efecto mandé formar la compañía, y estando en esta operación, se me dio aviso que de casa del párroco Garibay salió don Víctor de los Ríos a caballo y con sable en mano dirigido a mí que me hallaba de espaldas, me volví para él, y observé que los callejones y corredores de la plaza se hallaban llenos de gente, unos a caballo y otros a pie, todos con armas de todas clases. Viéndome, pues, en este estado pregunté al citado Ríos cuál era su embajada y su contestación fue la siguiente:

“Esta compañía no sale del pueblo, porque es nuestra, pues así me lo han dicho ellos”. Y encarándose a la compañía, con voz muy arrogante dijo: “¿Qué dicen muchachos?”. No puedo explicar la cólera que me infundió este atrevimiento y en el mismo acto le arremetí con mi sable como una fiera y tras de mí los lanceros, que [de no] haber tenido tan buen caballo, y que procuré yo contenerlos a que no lo siguiesen, hubiera sido víctima de las lanzas. La parte mayor de la compañía de fusileros prepararon todos sus armas y sólo aguardaban mi voz para hacer fuego; mandé en este estado tocar un redoble al tambor, a el cual toda la compañía quedó en silencio, y el paisanaje que se hallaba en la plaza y bocas calles desaparecieron. Me mantuve en expectación algún rato, hasta que resolví retirarme para esta plaza, y mandando formar en columna, salí batiendo marcha fuera del pueblo y seguí hasta la hacienda del Zanjón con toda la compañía, a la que llegué cerca de la oración, sin que hasta aquella hora y desde el día anterior se hubieran desayunado aquellos fieles vasallos, ni yo. En esta hacienda me

expusieron que ya no podían seguirme, porque los precisaba recoger sus familias, respecto a que ya estaba libre de los enemigos del pueblo de Tecpan me retirase para esta plaza a la que me acompañaron dos sargentos, seis soldados y existen en ella.

No puedo menos que manifestar a vuestra excelencia la fidelidad, amor y ternura con que estos negros me despidieron del Zanjón, manifestando el mayor sentimiento hasta con lágrimas que derramaron de no poder seguirme, quedándome a mí el sentimiento más vehemente de que sólo por este hecho de fidelidad han de ser víctimas de aquellos feroces e inhumanos seductores, y principalmente de los viles e infames traidores, los capitanes don Juan José y don Antonio Galeana, que en lo oculto tenían hecha la trama con el cura y demás adversarios de nuestra justa causa. Sabemos positivamente en esta plaza por papeles que se han recibido, que el párroco del pueblo de Tecpan, su vicario, los capitanes don Juan José y don Antonio Galeana, el fiel de tabacos don Ignacio Ayala, don Víctor de los Ríos, e indios, hicieron el recibimiento a los insurgentes con mucho aplauso y funciones que hicieron.

Llegué a esta plaza en la que subsisto a las órdenes de este castellano, contribuyendo por mi parte al desempeño y actividad de las providencias que se consideran oportunas para la defensa de ella, quedando dispuesto y expedito para acudir al destino que vuestra excelencia halle por conveniente, que para mí será de la mayor satisfacción ocupar el que halle de consiguiente por justo y de más riesgo.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años,
Acapulco 11 de noviembre de 1810.

Excelentísimo señor.

Juan Antonio Fuentes [Rúbrica]

Excelentísimo señor virrey don Francisco Xavier Venegas.